



Nova Tellus

ISSN: 0185-3058

novatelu@servidor.unam.mx

Centro de Estudios Clásicos

México

MOLINA, José
PRESENTACIÓN DE LA SEGUNDA EDICIÓN DE LA ILÍADA (VERSIÓN DE RUBÉN BONIFAZ
NUÑO)

Nova Tellus, vol. 24, núm. 1, 2006, pp. 321-340

Centro de Estudios Clásicos

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59114742020>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

PRESENTACIÓN DE LA SEGUNDA EDICIÓN DE LA *ILÍADA*
(VERSIÓN DE RUBÉN BONIFAZ NUÑO)

El domingo 6 de febrero de 2006, en la XXVII Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería, Pedro C. Tapia Zúñiga y Amparo Gaos Schmidt presentaron el libro HOMERO, *Ilíada*, intr., vrs. rít. y nts. Rubén Bonifaz Nuño, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 2005 (segunda edición). Amalia Lejavitzer Lapoujade fungió como moderadora. A continuación se publican las palabras pronunciadas por cada uno de ellos.

José MOLINA

Palabras de Amalia Lejavitzer

Puede parecer una osadía presentar un libro como la *Ilíada*, pues quizá éste sea el más clásico entre los clásicos: La *Ilíada* ha constituido, sin duda alguna, el origen y el fundamento de la literatura occidental de todos los tiempos. ¿Quién no ha escuchado alguna vez acerca de las hazañas del divino Aquiles, o de la extraordinaria belleza de Helena, o de la legendaria Troya de amplias calles y elevados muros?

No obstante, la *Ilíada* aparece siempre renovada. Cada nueva lectura encierra verdades inadvertidas en las anteriores, y, en ese

* Las notas curriculares de Amparo Gaos Schmidt, Amalia Lejavitzer L. y Pedro C. Tapia Zúñiga, pueden verse en nuestra sección de Colaboradores.

sentido, la *Ilíada* que ahora presentamos constituye una nueva lectura de la obra, es la lectura que hoy comparte con nosotros un gran poeta, filólogo y humanista mexicano: Rubén Bonifaz Nuño.

Muchas veces se ha dicho que sólo un poeta puede traducir a otro poeta, y creo que aquí esa afirmación se manifiesta con justa verdad, pues Bonifaz Nuño armoniza al arte del verso su profunda erudición filológica, lo cual le permite una traducción tan fidedigna como original del poema. Su versión nos devela nuevos misterios, nos descubre nuevos ritmos, y nos transmite, indudablemente, la grandeza del poema homérico y la belleza del griego antiguo plasmados en una traducción rítmica de un español deslumbrante, a pesar de que el propio Bonifaz Nuño declara que la lengua que hoy hablamos en México “se revela incapaz de suministrar ya no se diga equivalencias, pero ni siquiera aproximaciones a la opulencia de vocabulario, a la flexibilidad en la versificación, la variedad de recursos, la capacidad sintáctica del griego homérico” (p. xxxii).

En suma, los poemas homéricos, siempre novedosos e iluminantes, son susceptibles cada vez de una nueva comprensión, y en esa comprensión personalísima de Bonifaz Nuño, el poeta-filólogo ha encontrado una fuente perenne de conocimientos y de placer, y como él mismo afirma: “Consideraría que mi trabajo de verterla a nuestra lengua no ha sido vano, si algo de ese placer se transmitiera a mis posibles lectores” (p. xxxiv).

Nos acompañan dos especialistas en el tema, quienes a su vez compartirán con nosotros su lectura de la *Ilíada* de Rubén Bonifaz Nuño: Pedro C. Tapia Zúñiga, quien actualmente trabaja en una versión de la *Odisea*, la primera que se publicará en México, desde que Mariano Esparza publicara la suya en 1837, y Amparo Gaos Schmidt, quien ha compartido con Bonifaz Nuño, no sólo una fecunda amistad, sino una fructífera relación académica, la cual se ha plasmado en la publicación de la *Antología de la poesía latina* y de la *Farsalia* de Lucano, de reciente aparición; en estos momentos, trabajan juntos en la versión del poema *De reditu suo* de Rutilio Namasiano.

Sin más, cedo la palabra a los presentadores.

Palabras de Pedro C. Tapia Zúñiga

En 1996 se publicó en México, en la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, la primera versión de la *Ilíada*, hecha por el doctor Rubén Bonifaz Nuño. Como ahora, e igual que la doctora Amparo Gaos, en aquel tiempo tuve el honor de hablar en la fiesta con que se celebró ese acontecimiento tan grande. Diez años después, presentamos la segunda edición española de este gran poema de Homero. Antaño, en la presentación de 1996, decía yo, literalmente:

Celebramos un rito en el cual Calíope está de fiesta: se trata de presentar un libro, pero no cualquier libro, sino el de Homero: la *Ilíada* vertida al español por el poeta Rubén Bonifaz Nuño, nuestro traductor de la poesía épica del docto Virgilio. El tema es arduo; tanto, como son difíciles los planteamientos de los asuntos más elementales: nadie ignora a Rubén Bonifaz. ¿Quién no ha oído algo del venerable Homero, quién —habiendo leído— dudará de que estamos ante un gran poema, ante una brillante versión española y, más aún —permítaseme el atrevimiento— ante la versión menos bonifaciana en el mejor sentido del término?

Es difícil, y más bien es imposible que unas palabras, las mismas palabras, suenen igual y digan lo mismo en momentos y en circunstancias distintas. Ello significa que, si se quiere decir lo mismo a otros oyentes y en otras circunstancias, hay que decirlo de otro modo. Ya Homero lo sabía perfectamente y, en parte, ello explica que, en la tradición manuscrita de sus poemas haya tantas variantes: la *Ilíada* (y la *Odisea*) se basamentan en una literatura oral, y, naturalmente, esta literatura oral varía en cada presentación, ninguna presentación es una reproducción exacta de la anterior. Así narran todavía hoy, en algunos lugares, los narradores; así recitan los poetas; así cantan los cantantes: según la “empatía” del público, se emociona también el actor o el cantante, y —a veces nos gusta, y otras, nos disgusta— cambian aquí y allá alguna palabra o tono, e introducen modificaciones que, respondiendo a las circunstancias, repongan el sentido y el efecto del mensaje; se trata de cantos, de cuentos, de relatos vivos.

Casi por distracción —hablaba de lo que dije hace diez años—, me fui a los poemas de Homero. Quería decir que, a diez años de distancia, ni puedo ni debo repetir lo mismo, si quiero que mis oyentes se entusiasmen ante nuestra *Ilíada* en español, a cargo de Rubén Bonifaz. Son otros tiempos, otras circunstancias; son otros oyentes.

Sin duda puedo repetir, con temor y con el mismo atrevimiento de entonces, que estamos ante la versión menos bonifaciana en el mejor sentido del término. No obstante, en aquella ocasión pude decirlo cándidamente, ya que de hecho nadie de los que me escuchaban conocía dicha versión, y, en mi opinión, aquellos oyentes sonrieron con feliz beneplácito. Hoy, no debe faltar en este auditorio alguien que ya haya leído el texto de esa traducción. Lo menos que pueden decir es que mi afirmación de antaño requiere de algunas especificaciones. Eso intentaré en el núcleo de estas palabras que —ahora con mi experiencia de medio traductor de la *Odisea*— intentan representar la *Ilíada* de Homero en la segunda edición del trabajo del doctor Rubén Bonifaz Nuño. Buscan motivar su lectura, decir algo de lo que, desde mi punto de vista, es único en este trabajo. Daré, pues, nueva cuenta de esta *Ilíada* de Homero, pero no sin antes —como lo hice entonces en presencia de Rubén Bonifaz— pedirle al fiero Rubén que me proteja de las iras de sus admiradores, si en algo ofendo sus expectativas; y confiando en que Rubén me asistirá con palabras y manos, diré unas razones en pro de la versión de Bonifaz y en auxilio de sus posibles lectores.

Ignoro si los que me escuchan han leído la *Ilíada* en alguna de sus versiones, que son muchas, en español y en todos los idiomas; no sé si entre los oyentes haya alguien que no esté de acuerdo con esta versión que presentamos. Por lo que acabo de decir, algunos oyentes deben saber que las versiones de Rubén han dado y dan mucho que decir: justa o injustamente se ha dicho, o más bien, se ha pensado de todo, desde que son pésimas, hasta que son buenísimas.

No debía repetir lo que todos dicen, a saber, que la *Ilíada* es un poema genial. Dado que muchos únicamente dicen eso y lo confiesan para no entrar en el número de los incultos, cabe afirmar que se es injusto con la buena literatura y con Homero al afirmar algo sin saberlo, sin estar convencido de ello, sin demostrarlo; se es injusto con Homero al decir que hay que leerlo porque es bueno, porque es

genial. Estas posturas han llevado a los clásicos al desprestigio. Nuestros jóvenes llegan a los clásicos —y aquí me refiero a sus traducciones— con la ilusión de encontrar algo grandioso. ¿Cómo explicar su desencanto ante la lectura? Las razones son varias. A propósito de mis afirmaciones, vale aceptar que vivimos en un mundo donde se desconoce a los clásicos griegos, y sólo por inercia hablamos de sus bondades; quiero decir que, si no sabemos, sería mejor que no habláramos. Por el otro lado, si sabemos, no debemos empezar por afirmar algo así, que son gloriosos e indispensables, y, en seguida, sentenciar platónica e inquisitorialmente: lee a fulano porque es bueno; debes leer a zutano porque es grandioso; tienes que leer a perengano porque es clásico; si no lees a Homero estás perdido.

En mi opinión, otra causa del desencanto de los jóvenes lectores ante los clásicos son las traducciones. Aquí, para los jóvenes que me escuchan, es preciso hacer énfasis en que no hay que confundir los poemas de Homero con alguna de sus versiones, ni con la más bella posible: hablando de Homero, cualquier versión se queda lejos del original. ¿Qué tan lejos? Rubén Bonifaz Nuño describe esa distancia en los siguientes términos:

se acostumbra, en música, hacer, para el piano, transcripciones de partituras orquestales. Se consigue, así, un modo de esquema fiel correspondiente a un múltiple universo sonoro. Los violines, las violas, los violoncelos, los contrabajos, las maderas, los metales, las percusiones, reducen allí sus voces a las que producen los macillos al golpear el cordaje del piano. Empobrecidas de tal manera, proporcionan, no obstante, una idea capaz de sugerir la idea vertebral del universo que esquematizan.

Cada quien puede pensar lo que quiera de esta comparación; no sucederá nada, si no está de acuerdo con ella: no me imagino al poeta Rubén Bonifaz exigiendo asenso servil a sus afirmaciones humanistas. A la luz de mi experiencia homérica, Rubén sólo da forma escrita a la sensación de franca impotencia que invade al traductor de Homero, o de cualquiera de los buenos clásicos. Volvamos a estos clásicos. Como cualquier bebida alcohólica y cualquier marca de cigarrillos van precedidas de la leyenda “el abuso en el consumo de este producto es nocivo para la salud”, del mismo modo, cada portada de un buen clásico debía signarse de

una amonestación como la siguiente: “el contenido de este libro es mortal para sus lectores”. Nadie puede leer a un clásico y seguir siendo el mismo de antes. Por supuesto, ahora no estoy hablando de traducciones, sino de la lectura de originales (en griego o en latín). La historia demuestra que el cambio de los lectores normalmente se ha canalizado en dos vertientes: o comentar, o traducir al autor que se ha leído. Rubén Bonifaz Nuño no es ninguna excepción; él lo hace evidente en el prólogo del libro que presentamos:

quien intente la versión, puede suponerse, ha encontrado en sus aproximaciones a la *Ilíada*, quizá durante largo tiempo, una serie de enseñanzas de índole diversas y, sobre todo, un placer de tal manera definitivo, que le infunde una suerte de necesidad de transmitirlo.

Los comentaristas, que son muchos, piensan o sienten lo mismo. Y resulta significativo el hecho de que los grandes traductores y los buenos comentaristas no son los mismos: normalmente, los buenos comentaristas no traducen, y los traductores no comentan. Cabe afirmar que éstos piensan que su traducción es un comentario; los otros sienten que su comentario es una traducción. ¿Qué es lo mejor?

Lo cierto es, desde mi actual punto de vista, que el buen traductor y el comentarista sabio coinciden —quizá sin proponérselo— en un objetivo esencial y único; a saber, el de que hay que intentar llevar al lector a los originales.

Actualmente, igual que en la Europa de principios del siglo xx, en el Departamento de Letras Clásicas de la Facultad de Filosofía y Letras, e incluso en nuestro Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas, se afirman y se oyen palabras necias según las cuales hay que fundar en la Universidad Nacional Autónoma de México maestrías en Estudios Clásicos, “sin el estudio de sus lenguas”, y ello —dicen— porque la sabiduría y la poesía también pueden aprovecharse y disfrutarse en traducciones, y argumentan que, de esta manera, el disfrute es más puro y operante, merced a que se hace a un lado el arduo trabajo que implica la engorrosa envoltura lingüística. Por supuesto, ya lo decía Paul Cauer en 1920:

quien lee a Platón o a Homero en traducciones obtiene más que aquel que no los lee en lo absoluto. Pero lo que se le escapa a quien sólo lee

en traducciones no es una simple envoltura alrededor del pensamiento, sino algo esencial, algo que, con frecuencia, es la parte decisiva de los pensamientos mismos, esos que estaban vivos en el espíritu del escritor, de un escritor que sólo y justamente los creó en el momento en que los plasmó en una forma escrita. No cabe duda, percibimos un aliento de esa operación creativa justa y solamente cuando nos enfrentamos a su forma lingüística, a fin de recuperar lo que ahí se oculta.

No sé si estamos entre quienes, hablando de poesía, desprecian la forma privilegiando el fondo (no creo que, entre los presentes, haya quien se crea de buen gusto y afirme que, de su amante, sólo le importa que sea hombre o que sea mujer, y que su forma y porte le den lo mismo). Sin embargo, existen unos y otros: baste echar un vistazo a las múltiples porquerías que actualmente, sin forma, se publican como poesía. Si distinguimos, pues, entre el fondo y la forma, hay que ser honesto y afirmar que ninguna traducción puede competir con un original. Claro que no, no estoy contra las traducciones monumentales; incluso puedo recomendarles algunas de la *Ilíada*: Si leen alemán, vayan a la versión de Johann Heinrich Voss; si leen inglés, recomiendo la de Augustus Taber Murray, etcétera. Bueno, si quieren español, no duden en ir, pese a todas las nuevas versiones, a la de Luis Segalá y Estalella. ¿Y qué más? —estarán murmurando— ¡Valiente presentación de Bonifaz Nuño! No, no he olvidado la ocasión que nos reúne. Si quieren ir al original de Homero, vayan a la versión del doctor Rubén Bonifaz.

Como ninguna de las traducciones antes mencionadas, la traducción de Bonifaz quiere y puede llevarnos a la envoltura, a la forma externa en que en griego se viste el contenido de la *Ilíada* de Homero. Anteriormente decía que el lector, ante la experiencia mortal de los originales griegos (o latinos), es casi fatalmente arrastrado o a comentar, o a traducir al autor que ha leído. Tareas, ambas, muy difíciles, para no hablar de imposibles. Los comentarios a la *Ilíada* (y a la *Odisea*) comenzaron desde el siglo iv a. C., y no paran; sus traducciones comenzaron en el siglo iii, al latín, y desde entonces no han parado, al latín y a otros idiomas. Ante esas experiencias, se me ocurre recurrir a una alegoría que explique, aunque sea un poco, el problemático fenómeno homérico.

Comentar o traducir son —se me ocurre— como los escollos de Escila y de Caribdis. El escollo de la Escila enfrenta al comen-

tarista a las mil y una facetas de los poemas de Homero: como ante el escollo de Escila, quien enfrenta la *Ilíada* con un comentario, tiene que vérselas con la obscura nube que la circunda; con la rareza de los vientos; con lo resbaladizo del terreno (no podría escalar un hombre mortal, ni alcanzarla, ni siquiera si veinte pies y manos tuviera); con la profundidad de sus cavernas; con los terribles ladridos del monstruo; con sus doce pies, todos de(i)formes; con sus seis pescuezos y sus respectivas cabezas, dotadas, cada una, de tres hileras de dientes, apretados y muchos, llenos de muerte. Como lo acabo de decir, hace ya 24 siglos que se comentan los poemas de Homero, y los comentarios no terminan. Por el otro lado, el escollo de la divina Caribdis enfrenta al traductor a su continuo sorber y vomitar el agua: la echa afuera tres veces al día, y tres veces la absorbe. Hace tiempo, hablando de mi experiencia de traductor, se me ocurrió describir mis inquietudes con los siguientes términos:

ninguna lectura es idéntica a otra, y ni siquiera el mismo lector entiende lo mismo en distintos momentos: cosas que antes, después de algunos tanteos, parecían geniales, me resultan torpes, y lo que ayer me gustaba mucho, luego me agrada menos.

Remodelando la comparación sinfónica con que Rubén Bonifaz mide la distancia que hay entre el original y la traducción, yo diría que, unas veces, es como si el traductor pasara por el texto justo en los momentos en que Caribdis absorbe, y la turbulencia con que entonces se muestra en el fondo, no permite que uno escuche los sutiles acordes de las violas o de los violines homéricos; otras veces, cuando Caribdis vomita el agua, el hervir a borbotones como en una caldera puesta en el fuego abrasante, no deja que uno escuche ni siquiera las percusiones y los contrabajos. Vuelve el traductor al otro día, o a la otra semana, o al mes, sobre sus mismos textos, se pone enfrente el griego de Homero y, con frecuencia, sólo cabe una sonrisa triste, medio amarga, desesperante, irónica: ¿cómo no vi eso; cómo se me ocurrió tan mala ocurrencia; cómo es posible que no haya notado tal partícula; cómo no pensé en el régimen de tal verbo, de aquel adjetivo? Así se explican las múltiples traducciones homéricas, las muchas traducciones de los mismos clásicos. Los textos de Homero —lo formuló Borges excelen-

temente pensando en la *Odisea*— cada día son distintos, inclusive para el mismo lector.

Escila, Caribdis de los traductores. Dos grandes impedimentos de la llegada a la patria querida. Quizá por lo mismo, a quien, como a Odiseo, se le ocurra o tenga que o quiera pasar ileso a lo largo de ellos, librando un comentario o, más precisamente, en busca del texto de una buena traducción, cabría recordarle lo que Circe le decía a nuestro navegante acerca de la divina Caribdis:

¡Temerario! ¿No habrás de ceder ni a los dioses eternos?
Ella —debes saber— no es mortal, sino un mal inmortal,
terrible y difícil y fiero, ella no es combatible;
no hay ninguna defensa, mejor es huir de su lado.

A pesar de ello seguimos traduciendo ¿Y qué, con la versión de Rubén Bonifaz Nuño? En mi opinión, Rubén Bonifaz no sólo no hizo caso a las amonestaciones de Circe, sino que la desafió, optó por una senda entre ambos escollos, un proceder arduo y escabroso, una empresa casi temeraria, porque, entre otras razones, lo exponía a muchas posibles críticas: quiso una traducción que fuera al mismo tiempo un comentario, un comentario básicamente lingüístico que llevara, que alentara a los lectores, a los jóvenes, hacia el original griego, hacia la forma gramatical de la *Ilíada*.

Es la segunda o tercera vez que me refiero explícitamente a los lectores “jóvenes”; al hacerlo, mi primera razón es simple: los viejos ya no tenemos remedio; la segunda razón es aún más simple: me irrita que se piense que nuestros jóvenes son algo así como unos brutos, incapaces de aprender griego (o latín), y que, por ello, hay que crearles una maestría en Estudios Clásicos, pero sin lenguas clásicas; me duele que se fomenten doctorados *light*, como asumiendo que los jóvenes de nuestros tiempos son incapaces de mayores retos, de magnas empresas y de trabajos ingentes.

Vuelvo —ya para terminar— a la versión de la *Ilíada* de Rubén Bonifaz Nuño. Prometí referirme a eso que, desde mi punto de vista, es único en este trabajo. En realidad, creo que ya lo dije; por si no he sido claro, intentaré explicarme de otro modo. Rubén ha sido explícito, insistente y, casi como el Sócrates de Platón, repetitivo y terco. Desde sus primeros años, termina sus introducciones diciendo que traduce para los jóvenes, para los estudiantes. En

1963, al final del estudio introductorio de su primer trabajo de esta clase, tras decir —por supuesto, con palabras distintas de las mías— que su versión intenta ser un comentario lingüístico, termina con las siguientes palabras:

El que sepa latín y vea mi traducción, tal vez pueda divertirse al advertir las dificultades vencidas, si es que vencí alguna dificultad; el que no conozca la lengua, podrá valerse de mi versión, lo digo con profunda humildad, para tener una imagen aproximada de las *Geórgicas*, fiel dentro del forzoso empobrecimiento que lleva consigo todo trabajo de esta clase. Por último, el estudiante de latín, en quien pensé cuando me afanaba en ella, podrá servirse de mi traducción con cierta facilidad, y me atrevo a esperar que con cierto provecho, al confrontar los textos latino y español de esta edición bilingüe.

Después de estas advertencias tan claras, cabe afirmar que cualquier crítica negativa es injusta, para no hablar de necia: cualquier buen teórico de la traducción sabe y acepta que hay tantas formas de traducir cuantos posibles traductores existan. Puede o no gustarnos una traducción, eso es cuestión de gustos; sin embargo, a la luz del simple gusto no es lícito hacer juicios que aspiren a la universalidad. Un gusto bien educado sabe que también el otro tiene sus gustos, y que éstos no tienen por qué ser idénticos a los suyos. Lo terrible en la tarea de un traductor que trabaja a ciencia y conciencia es el hecho de que tiene que hacer explícitos los parámetros de sus procedimientos y que, una vez que los ha dado, él mismo ya no es dueño de sus gustos: él tiene que ser coherente y cosecuente con ellos. Si estos razonamientos son correctos, el buen gusto no juzga una traducción a la luz del simple “me gusta”, sino a la luz de los gustos y parámetros del traductor. Por lo mismo, en asunto de traducciones, un lector de buen gusto no comienza leyendo la traducción, sino el prólogo, en busca de los parámetros o procedimientos u objetivos que el traductor se propone y se impone. Una vez que se han conocido los procedimientos y objetivos del traductor, el buen gusto sólo puede decir “ésta es la traducción que quiero”, o bien “ésta no es la traducción que busco”. ¿Para qué tantos brincos y berrinches?

Sin embargo, hasta aquí no he dicho nada de lo que prometía. Debo decir que más allá de lo que todos sabemos acerca del buen

gusto, las traducciones de Rubén Bonifaz y, en concreto, esta su traducción de la *Ilíada*, no sólo se ciñe a parámetros y procedimientos objetivos, sino que, objetivamente, es única en sus objetivos: quiere ser un comentario lingüístico.

He evitado —nos dice en la Introducción a la *Ilíada*— he evitado ceder a cualquier tentación de introducir ornamentos o aclaraciones. En lo posible también, para conservar en algo el sistema formular del poema y las maneras de su origen oral, he mantenido las repeticiones de expresiones en él persistentes; en cuanto a las palabras que estimo de especial carácter he procurado traducirlas siempre por una sola nuestra.

Así, *mutatis mutandis*, el que sabe griego puede divertirse al advertir las dificultades vencidas por Rubén. Actualmente, leo con cierta frecuencia pasajes de la *Odisea* en varias versiones; realmente es un pasatiempo muy divertido: en unas suenan mejor las violas; en otras, los metales; en otras, los contrabajos, y en otras es inevitable un “¡chihuahua, yo no había notado ese acorde, y sí está en el original!” O bien: “¡órale, esas maderas no están en el griego, pero qué bien apoyan la clave de la sinfonía”. Por supuesto, a veces son inevitables otros comentarios. Y nuevamente *mutatis mutandis*, el que no conozca la lengua griega podrá valerse de esta versión de Bonifaz, para tener una imagen aproximada de la *Ilíada*, y esto lo puede, y más bien lo debe suponer cualquier lector y cualquier traductor. Si el que no sabe griego no admira la traducción de Rubén Bonifaz Nuño, debía estar al menos agradecido ante la advertencia de que el traductor está pensando en los estudiantes de la lengua: leer esa traducción tras dicha advertencia, si no es necesidad, sólo puede tratarse de malevolencia.

Finalmente, el doctor Bonifaz ni siquiera habla de los “estudiantes de literatura”, él habla de los estudiantes de —en sus palabras— “la lengua griega clásica, por desgracia estudiada y conocida cada día por menos gente”. Si esto suena a queja decepcionada por los años..., las prácticas traductorias de Rubén Bonifaz Nuño son un reto juvenil a los jóvenes mexicanos; son un llamado a no quedarse en traducciones, sino a volver al estudio del griego, a recuperar algo que, con frecuencia, es la parte decisiva de los pensamientos mismos, esos que estaban vivos en el espíritu del escritor, que sólo y justamente los creó en el momento en que los plasmó en

una forma escrita. Justa y solamente percibimos un aliento de esa operación creativa, cuando nos enfrentamos a su forma lingüística, a fin de recuperar lo que ahí se oculta. En este sentido, vuelen desde aquí mi gratitud y mi reconocimiento al trabajo del doctor Rubén Bonifaz Nuño. Muchas gracias.

Palabras de Amparo Gaos Schmidt

La civilización occidental surge de la confluencia de dos gigantes veneros: la Biblia, que recoge la tradición judeo-cristiana, y la *Ilíada*, que nos transmite la grecolatina. Por esa razón, sobre ambas se ha escrito y hablado mucho, y el hecho de que así haya sido explica por qué, cuando se me invitó a presentar ante ustedes esta segunda edición de la *Ilíada* en la versión del doctor Rubén Bonifaz Nuño, tras haberme sentido halagada, me abrumó el pensamiento de que acerca de la *Ilíada* tenía que intentar decir, y decir en poco tiempo, algo que, de serme posible, resultara novedoso e interesante.

Tan sólo acerca de Homero y de la *Ilíada* es tanto lo que se ha publicado, que difícilmente es posible revisarlo todo: a través de los siglos se han acumulado kilómetros luz de páginas de distintos calibres de erudición, en las cuales se discute desde el contenido o el significado del poema, hasta la existencia misma de un poeta llamado “Homero”.

Con todo, en este momento podría aventurarme a exponer, por ejemplo, algunos rasgos de su entorno histórico, o a explicar su belleza (aunque con la belleza pasa como con un chiste: se pierde en cuanto se explica), o analizar los valores humanos, morales que encierra, de los cuales quizá el más importante es el que se hace evidente desde los primeros versos: el inamovible respeto que merecen el enemigo y el desgraciado: en efecto, por haber olvidado ese respeto cuando insultó a Crises, quien, transido de dolor, había llegado a él con ricos presentes que apoyaran las palabras con las cuales suplicaría que le fuera devuelta su hija, capturada por los aqueos, Agamenón cometió un pecado que habrían de purgar no sólo él, como rey de ese pueblo, sino también aquellos que lo secundaban. Pero también podría transmitirles otra imagen de la

Ilíada, muy distinta y para mí entrañable, que se me grabó en años ya muy lejanos, cuando empecé mis estudios en la Facultad de Filosofía: la de mi anciano profesor de griego, recitando, con una emoción que arrasaba de lágrimas sus ojos, esos y otros versos, casi cantándolos, casi bailando al compás de su sonoro ritmo, cual un nuevo y erudito Zorba el Griego, sin que por ello prescindiera de dilucidar perspicazmente su significado, por ejemplo, haciéndonos ver que en el pasaje que acabo de citar, cuando Homero dice, tras reproducir las violentas y despreciativas palabras de Agamenón, “y el viejo temió, y obedeció su discurso; // y se fue, tácito, del multiestruendoso mar por la orilla”,¹ deja planteado el desprecio y la incompreensión del poderoso ante el que sufre —actitud cuyo castigo se verá a lo largo de la obra—, pero además hace sentir vívidamente la agobiadora aflicción del anciano sacerdote, mediante el solo recurso de poner en contraste, en un solo verso, el silencioso andar de Crises por la orilla del mar, con el polifónico estruendo del oleaje que cae sobre las rocas, como los insultos del rey aqueo habían caído sobre él. Pero no sólo de ésta, sino de todas las obras de los griegos y los latinos se pueden presentar muy diferentes imágenes, muy divergentes, porque su imagen depende de los ojos y de las mentes, también divergentes, de aquellos que las leen.

Pero en poco tiempo es poco lo que puede decirse. Tomándolo en cuenta, no voy a intentar hablar de Homero o de la *Ilíada*, y en cambio voy a concretarme a exponer lo que pienso acerca de Rubén Bonifaz Nuño o, más bien, acerca de la *Ilíada* de Rubén Bonifaz Nuño, misma que ahora tienen ante ustedes en una edición tan bella como la primera, pero mucho más cómoda, porque está recogida en un solo volumen.

No sólo sobre la *Ilíada* se han escrito millares de páginas. Cualquiera que se asome a la “maravilla” de este siglo, la Internet, verá que sobre Rubén Bonifaz en sólo un buscador, en *Google*, existen varios miles de entradas, también de diferente calibre, porque no todo lo que aparece en ese medio electrónico, de cuya enorme utilidad

¹ *Il.*, I, 33-34: “Ὡς ἔφατ’, ἔδρυσεν δ’ ὁ γέρον καὶ ἐπείθετο μύθῳ // βῆ δ’ ἀκέων παρὰ θίνα πολυφλοίσβοιο θαλάσσης. Todas las traducciones de la *Ilíada* que cito son de del doctor Bonifaz Nuño.

soy la primera entusiasta, es verídico y confiable cual si fuera palabra divina, como suelen creer algunos jóvenes estudiantes: por sólo mencionar un caso, una de esas entradas señala que nació en la veracruzana ciudad de Córdoba el año de 1925 (cuando en realidad vio la luz por vez primera dos años antes), y a continuación añade que “murió en Tel Aviv en 1974”. Desde luego sé bien que nunca ha estado en Tel Aviv, y me consta, porque tengo la increíble fortuna de trabajar con él todas las semanas, que está perfectamente vivo y, como siempre, increíble y fecunda y polifacéticamente laborioso: amén de haber desempeñado diversos cargos de magna importancia en la Universidad —alguien lo ha llamado “El señor Universidad Nacional Autónoma de México”—, ha sido y es figura de primera línea entre los poetas contemporáneos de habla española, talentoso crítico de arte y perspicaz filólogo que ahonda en la antigüedad tanto prehispánica como grecolatina; a su pluma se deben innumerables obras de gran valía, entre las cuales destacan sus traducciones.

Cuando traduce, Bonifaz aspira a decir sólo exactamente lo que el autor original ha dicho, y a decirlo del mejor modo posible.² Para él ese “mejor modo” de ninguna manera consiste en limitarse a traducir el sentido, prescindiendo de las palabras específicas que lo transmiten, porque entonces “el autor original queda sometido, en última instancia, a la buena voluntad de la interpretación subjetiva de su traductor”.³ Con mucho prefiere el sistema de la literalidad, esto es, el de reproducir rigurosamente cada palabra griega o latina mediante una castellana, y lo prefiere porque, como explicó él alguna vez,

tanto el autor como el traductor trabajan con palabras. Éstas son el medio único de expresión de estados humanos interiores, trátese de emociones o de pensamientos. Para indagar esos [estados], pues, proporcionan el único camino legítimo. Pretender descubrirlos prescin-

² *posible...* Cf. García Yebra, Valentín, *En torno a la traducción: teoría, crítica, historia*, Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica II: Estudios y Ensayos, 328), 1983, p. 135.

³ *traductor...* Bonifaz Nuño, Rubén, “Introducción”, en Sexto Propertio, *Elegías*, intr., vrs. rítm. y nts., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, 1974, p. LXII.

diendo de sus significados, es darse a la pura invención, a menudo irresponsable.⁴

La tarea de lograr ser absolutamente literal es por sí misma ardua. Pero además, convencido de que un poeta pierde parte fundamental de su esencia si se le vierte en prosa, traduce en verso; ahora bien, por considerar que los metros propios de la versificación española no resultan exactamente adecuados, adopta el método conocido como transcripción silábico-acentual, que se basa en tomar en cuenta y reproducir el número de sílabas que compone cada verso y en cuáles de éstas recae el acento. En el estudio introductorio a su versión de las *Geórgicas* de Virgilio, Bonifaz sintetiza con modestia y sencillez las normas que ha acatado en ésta y en todas sus demás traducciones de poetas clásicos:

No he querido inventar nada, nada he procurado explicar. He trabajado tan sólo por poner, frente a cada palabra latina, el espejo de una palabra española. He imitado en lo posible, dentro del espíritu de nuestra lengua, la construcción latina; he tratado de seguir el giro de las frases y la manera de la versificación latina, y lo seguí tanto como lo permitieron mis fuerzas.⁵

Para abocarme ya a la *Ilíada*, a mi parecer la traducción de Bonifaz supera por muchos conceptos a todas las que he alcanzado a revisar. A fin de exponer ante ustedes, de la manera más patente que he sido capaz de discurrir, las razones de esta afirmación mía, me propongo comparar no toda su traducción, lo cual el tiempo no me permitiría llevar a cabo aquí, sino únicamente la que él hace de los epítetos característicos de esa obra, confrontándola con las que de dichos epítetos se encuentran en dos versiones que con justicia gozan de gran prestigio en nuestro medio, realizadas, una, en prosa; otra en verso: la primera es la de Segalá y Estalella, indudablemente

⁴ *irresponsable...* Bonifaz Nuño, Rubén, “¿Qué onda con la colonización? Traducción”, en *Humanidades*, 101, Ciudad Universitaria, D. F., mayo 3, 1995, p. 7.

⁵ Bonifaz Nuño, Rubén, en Publio Virgilio Marón, “Introducción”, *Geórgicas*, intr., vrs. rítm. y nts., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, 1963, p. XXXVII.

la más popular, la que, quizás por su facilidad o por la fama de exactitud que le dieron los elogios de Menéndez y Pelayo, más veces se ha reproducido en libros destinados a la enseñanza. La otra, que por desgracia sólo abarca los seis primeros libros de la obra homérica, la plasmó en versos alejandrinos nada menos que don Alfonso Reyes, gran señor de las letras mexicanas.

Segalá, por su parte, afirmó que al llevar a cabo su traducción había tenido como meta

verter los poemas íntegra y literalmente... sin quitar ni siquiera un epíteto y sin añadir más que lo necesario para la recta inteligencia de cada frase. Con el fin de popularizar las obras homéricas, se sustituyeron los nombres de las deidades y otros personajes por el correspondiente latino.

En este breve párrafo, Segalá enuncia con toda claridad dos ideas que en verdad me parecen graves y que hasta cierto punto oscurecen sus muchos logros: una, la de que a menudo es preciso añadir algo para poder entender las frases de Homero, lo cual, además de que necesariamente altera la obra traducida, implica que los griegos de aquella época entendían las frases homéricas porque eran muy inteligentes, y que nosotros no lo somos, puesto que necesitamos que nos las aclaren. La otra idea, todavía más grave, es la de que es preciso *popularizar* las obras homéricas. Y pregunto ¿al popularizar una obra, clásica o no, no se desvirtúa, no pierde algo de su esencia misma?

Criticar a Alfonso Reyes puede parecer pecado. Entre su obra escrita, que goza de merecido reconocimiento, figura la traducción de seis cantos de la *Ilíada* que mencioné hace un momento, publicada, por cierto, en una edición engalanada con dibujos de Elvira Gascón. Don Alfonso se cubrió por anticipado de todas las críticas posibles, al afirmar paladinamente en la primera línea de su prólogo a esa obra, “No leo la lengua de Homero; la descifro apenas”. Pero también él comete el pecado de Segalá, al asentar allí mismo que, debido a que considera que las traducciones filológicas “ahuyentan y fatigan” al lector, va a intentar una traducción en verso que no sea parafrástica y que a la vez resulte fidedigna e informada del presente estado de los estudios homéricos, pero adaptándola a su gusto personal y haciéndola, en general, más cercana a los lecto-

res de hoy. Esa adaptación y esa cercanía de que habla parecen implicar simplificación, lo cual, a mi modo de ver, equivale a otra forma de desvirtuar, cosa que en ocasiones hace él, siempre con elegante discreción.

Tal vez leer una traducción filológica en efecto cause la ahuyentadora fatiga de que habla Reyes. No lo creo, pero quizá me ciega la formación profesional. Como toda fatiga, ésta sólo puede proceder del hecho de que la tarea sea difícil. Cabe hacer aquí una reflexión acerca de la lectura y acerca de la facilidad o dificultad con que se realiza. Es obvio que existen diferentes tipos de lectura: la que hacemos por informarnos, por aprender, y la que escogemos por deleitarnos o simplemente por entretenernos. Para la primera solemos elegir textos escritos en prosa, aun cuando es mucho lo que se puede aprender en poemas de diversa índole: baste recordar el *De la naturaleza de las cosas*, de Lucrecio o los *Epigramas* de Marcial, en el caso de la antigüedad clásica. Ahora bien, ciertamente no exige la misma atención, el mismo esfuerzo intelectual leer una novela policíaca, una de Agatha Christie, pongamos por caso, que leer *El príncipe*, de Maquiavelo. Aunque las ideas expuestas por el florentino son de una sorprendente actualidad, la lectura de esta última obra, por su naturaleza misma, necesariamente requerirá que se efectúe de manera más despaciosa, más reflexiva. Pero una obra de divulgación científica quizás precise todavía mayor calma y reflexión: así, en lo particular pocas veces he tenido que retroceder o detenerme para releer un párrafo o dos tan a menudo, como cuando tuve en mis manos *Qué nos hace humanos*, un estudio muy actual sobre los papeles que la educación y los genes juegan en nuestra formación, escrito con suma sencillez, pero en ocasiones complicado, sobre todo para quienes no pertenecemos al ámbito de la ciencia; sin embargo, ese libro me cautivó de principio a fin y por ello mismo nunca se me ocurrió dejarlo o pensar siquiera en descansar. Como quiera que sea, pues, la lectura que hacemos por informarnos es muy diferente a la que efectuamos por placer, que por lo general es la de aquellos libros en los cuales palabra e idea se conjugan para formar un objeto bello: digamos, los sonetos de Garcilaso, cuya lectura supone una clase de atención, un esfuerzo intelectual no mayor ni menor, pero sí por entero diferente al de leer *El príncipe*. Podría suponerse que todavía mayor esfuerzo exigiría leer la *Ilíada*, pese a la eterna

vigencia, a la actualidad de los valores que rigen la conducta de sus héroes, porque su ámbito, ese seductor ámbito donde los dioses luchan y se alían, odian y aman al par que los mortales, donde lo humano y lo inteligible se entremezclan con lo divino e incomprensible, a primera vista podría parecernos ajeno a nosotros, pero sólo a primera vista: recordemos que obras tan plenas de fantasía y tan distintas de nuestro mundo como *El señor de los anillos* han cautivado recientemente a las grandes multitudes. Pero el premio de la lectura es el deleite, un deleite que nos vuelve insensibles a la fatiga ocular e intelectual que a la larga podría causarnos el esfuerzo grande o pequeño que realizamos.

Volviendo a mi tema, para hablarles de Rubén Bonifaz y de la superioridad que su versión de la *Ilíada* tiene sobre otras en cuanto a exactitud y a calidad poética, he escogido su traducción de los epítetos, en primer lugar porque ella por sí sola basta para demostrar su consciente labor de comprensión del texto, su esmero en captar y reproducir hasta en detalles mínimos lo expresado en esta obra, como en todas las que ha traducido, su excepcional manejo del castellano y su creatividad; y en segundo lugar, porque precisamente los epítetos constituyen un aspecto relevante en la poesía homérica, pues no sólo forjan una poderosa imagen mental que nos hace percibir el objeto nombrado, incluso si nos es familiar, como si por primera vez estuviera ante nuestros ojos, sino poseen un especial relieve debido a que están reiterados a lo largo de la obra, a modo de eficazísimo recurso para captar la memoria; son anclas, por así decir, que nos impiden extraviarnos dentro del gigantesco marco constituido por la trama de un poema de dimensiones tan vastas como la *Ilíada*, el cual, además, está concebido no para los ojos de un lector, sino para los oídos de un auditorio.

Creo que los tres o cuatro ejemplos que voy a presentarles, elegidos entre los muchos que desearía poder citar, serán suficientes para probar cuanto acabo de decir:

En el pasaje que narra la muerte de Pándaro, en la versión de Bonifaz se lee que éste “cayó del carro y sobre él mismo retumbaron sus armas// chispeantes, omnilucientes”.⁶ Son las palabras precisas de Homero, quien subraya el fulgor deslumbrante de las

⁶ V, 294-295: τεύχε' ... αιώλα παμφανόωντα.

armas del héroe mediante dos adjetivos casi sinónimos, αἰόλα y παμφανόωντα. El primero significa “centelleante”, “fulgurante”; el segundo es un epíteto conformado por dos raíces, las de πᾶς, todo, y φαίνω, “lucir”, “brillar”, y Bonifaz lo calcó puntualmente al crear el adjetivo “omniluciente”, que indica algo que irradia luz por todas partes, como el sol.⁷ Por el contrario, tanto Segalá como Reyes traducen “sus lucientes y labradas armas”: de hecho inventan el adjetivo “labradas,” el cual no sólo es inexacto, sino que, por lo mismo, destruye la imagen homérica.

La rapidez que es propia de Iris, por ser la mensajera de los dioses, está expresada mediante el epíteto ποδήνεμος, compuesto por dos términos, πούς, pies, y ἄνεμος, viento.⁸ La traducción de Bonifaz es infinitamente superior tanto en exactitud como en calidad poética: compárese su “llegó, pies de viento, rauda, Iris”, con las traducciones que de ese mismo epíteto ofrece Segalá, quien en un pasaje dice “Iris, la de los pies ligeros, se les presentó”, y en otro diluye en una comparación explícita lo que en Homero constituye un solo vocablo, pues su traducción es: “Iris, de pies veloces como el viento”.⁹ Las versiones de Alfonso Reyes son todavía más prosaicas: “La leves-pies” o bien “Iris de pies aligeros”; esta última es errónea, por añadidura, porque el epíteto homérico evoca el viento, no las alas.

Asímismo tanto Segalá como Reyes empobrecen y deforman el epíteto de Apolo, pues al traducirlo como “el flechador”, “el arquero”, incluso como “el cazador”, reducen casi a un mero oficio, lo que en el poema helénico hace ver el poderoso alcance del dios. Bonifaz, en cambio, reproduce con absoluta fidelidad el término griego al verterlo como “el hierielejos”,¹⁰ compuesto por los mismos elementos que integran a aquél, ἑκατη-, relacionado con ἐκάς, lejos, y βολ-, derivado de βάλλω, herir. Otro tanto ocurre con el epíteto aplicado a Ares, τεῖχεσιπλῆτα,¹¹ conformado a partir de τεῖχος, muralla, y πλῆ-, la raíz del verbo πελάζω, que equivale a tumbar, tirar:

⁷ Cf. *Od.*, xiii, 29.

⁸ II, 786: ποδήνεμος ὥκέα Ἴρις.

⁹ V, 353: τὴν μὲν ἄρ' Ἴρις ἐλοῦσα ποδήνεμος ἔξαγ' ὁμίλου.

¹⁰ I, 370: Χρύσης δ' αὖθ' ἱερεὺς ἑκατηβόλου Ἀπόλλωνος.

¹¹ V, 31: Ἄρες τεῖχεσιπλῆτα.

el “Ares tumbamurallas” bonifaciano es mucho más sintético, más eficaz, que la traducción parafrástica de Reyes, “Ares que murallas volteas”, o que el “demoledor de murallas” de Segalá, a mi parecer carente de gracia.

Como dije antes, Rubén Bonifaz logra esa exactitud de traducción dentro del marco de una versión rítmica. Se le ha censurado que el orden de palabras a que lo obliga dicha forma de versión hace que ésta resulte difícil de entender. Cuando escucho esta crítica me vienen a la memoria los dos primeros versos de un soneto que Antonio Machado escribió a la muerte de Rubén Darío, en los cuales el poeta de Castilla reproduce de manera magistral el estilo del poeta nicaragüense:

Si era toda en tu verso la armonía del mundo,
¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?

Si pusiéramos las palabras de Machado en orden gramatical, se oirían así:

Si toda la armonía del mundo estaba en tu verso,
¿adónde fuiste a buscar la armonía, Darío?

Tal vez en esta forma la idea resulta más sencilla de entender. Sin embargo, gracias al sabio emplazamiento de los acentos y al encajamiento y la elección de las palabras, los versos de Machado tienen un ritmo inolvidable, que se desvanece por completo en la transcripción gramatical. Don Alfonso Reyes dijo que “transportar el verso homérico a las lenguas vivas es más difícil que encerrar al genio en la botella”. A lo largo de los 24 cantos de la *Ilíada*, Rubén Bonifaz Nuño, maestro de cuantos nos dedicamos a la filología clásica en México, ha vencido esa dificultad palabra a palabra, verso a verso.